

La cueva de Segismundo

Miguel Esquirol

Desde mucho antes de la hora ya me encontraba vestido con el traje negro que sólo utilizo en ocasiones especiales, sentado en la sala con la mirada perdida en el vacío. Mi mujer aun terminaba de recoger los restos de la comida y de rato en rato sacaba la cabeza por la puerta de la cocina para ver si me encontraba bien. Tenía la raya del pelo impecable y el nudo de la corbata a medio hacer, pero ya no me encontraba allí, estaba en un lugar muy lejano, como sólo el tiempo puede alejar las cosas queridas. Mientras escuchaba la voz apagada del programa de las tres en la radio de la cocina regresaba al Carmelo, dentro de los pantalones juveniles y hace muchas ilusiones atrás.

Era el terrado de la casa de la señora Anastasia donde estábamos siempre y ese día el cielo estaba nublado. Intermitentemente nos llegaba la voz de la hija mayor de la señora Anastasia gritándonos —«**Chicos, entrad, que va a llover**»—, como la sirena de algún faro, pero nosotros ignorábamos sus llamadas. Mirábamos las nubes que se aglomeraban sobre nuestras cabezas y el calor del verano iba cediendo poco a poco hasta que dentro de algunos minutos la primera gota caería y sería absorbida ávidamente por el pavimento aun caliente. Yo me encontraba apoyado en la barandilla mirando hacia Barcelona. Toda la ciudad se encontraba debajo de mí como un mundo de juguete hecho de tierra y barro, como si desde esa casa, en medio de aquel cerro, pudiéramos dominarla sólo con la mirada. Carrasco explicaba la última película de vaqueros que había ido a ver. Describía la diligencia que corría bajo un cielo tan gris como este, esperando poder cruzar las colinas antes del anochecer. Desde la ventana de la diligencia una joven mujer miraba hacia atrás, intentando divisar algo entre la espesa nube de polvo que la diligencia dejaba a su paso. De una manera similar yo me encontraba entre las brumas de las decisiones que tomamos o que

toman por nosotros. Mi madre me acababa de informar que nos marchábamos del Carmelo y aún no les había comunicado la decisión a mis amigos.

Era el segundo viaje que recordaba. El primero nos trajo al Carmelo desde la Rioja, yo apenas tenía memoria de ese viaje ya que no tenía una vida anterior a nuestra primera incursión a Cataluña, es por esto que esta nueva despedida era tan dolorosa, porque aquí sí dejaba algo.

Los indios estaban a punto de atacar la diligencia cuando el ruido de unos pasos veloces nos llegó desde la calle. Era Borja que acababa de llegar. Estaba recién peinado y del cuello le colgaban las zapatillas de fútbol. Siempre era el último en llegar por causa de sus partidos. Con su llegada, ambas historias, la de la diligencia y la mía, se habían interrumpido bruscamente, y la voz de la señora Anastasia nos llamaba desde la cocina: «**Chicos. La merienda**».

Cuando llegamos como caballos desbocados a la sala, la señora Anastasia conversaba con Borja. Le explicaba el resultado del partido que acababa de jugar y nos decía que había metido dos goles y conseguido un nuevo jugador para el equipo. Cuando nos contó eso, tenía los ojos brillantes y una gota de agua le caía del mechón de cabello rebelde aun empapado. Borja siempre hablaba con la señora Anastasia antes de subir al terrado a buscarnos. La familia de Borja había llegado de Calatrava pocos meses después que ella y aunque su familia había comprado una de las casas más grandes del Carmelo este prefería pasar las tardes en la casa con nosotros.

Ahora mi mujer buscaba sus pendientes de plata mientras miraba el reloj. Despegándome de los recuerdos le dije que estábamos bien de tiempo y que no se preocupara. Volví a comenzar el nudo de la corbata que había dejado a medias y una vez listos cerramos con llave la puerta de la casa y nos dirigimos al funeral de Borja.

El día anterior Alicia me había llamado dos veces, pero como era sábado no nos encontró

en casa. El contestador sólo devolvía una voz aparentemente tranquila y una frase —«**por favor llámame cuando llegues**»—. Cuando la llamé Alicia me informó de la muerte de Borja. Yo no sabía siquiera que estaba enfermo desde hace varios meses y una punzada de remordimiento me dejó una herida en la frente. Le agradecí por la noticia y nos despedimos con un «**nos vemos en el funeral**» muy apagado.

A ratos, Alicia parecía un chico más, era parte del grupo y defendía bien su posición dándonos unos buenos azotes cuando organizábamos luchas en el terrado. No reconocí su voz por el teléfono en el primer mensaje en el contestador hasta que dijo «**Soy Alicia**». Había cambiado mucho, era evidente que ya no era una niña de doce años como cuando la conocimos, tenía voz de señora, de mujer mayor. Esa voz no se parecía en nada a la de la chica que me había dado mi primer beso. Yo nunca me hubiera atrevido a pedírselo, pero un domingo de invierno cuando todo el resto estaba en la sala escuchando el partido del Betis contra la Coruña, me arrastró de la mano hasta su habitación, que compartía con los cuatro hijos menores de la señora Anastasia hasta que su familia, recién llegados de Jerez, consiguiera un piso. Me dijo con el rostro encarnado «**cierra los ojos**» y percibí cómo se acercaba a mí. Sólo sentí algo húmedo moverse en mis labios, lo primero que me vino a la cabeza fue la imagen de un pez plateado, moviéndose entre tus manos mojadas. Cuando Alicia se alejó, ambos teníamos las mejillas coloradas. No me dijo nada, me dio la espalda y se marchó a la sala donde el Betis acababa de meter un gol y la pequeña tribuna estallaba en gritos de alegría.

El coche nos llevó como en un viaje en el tiempo, no había regresado por allí hace bastante. Pero me engañaba, el tiempo sí había pasado. Ahora el barrio tenía más luz, más brillo que cuando yo lo recordaba. Ahora ya no había que caminar media hora para bajar a la ciudad, ya tenían autobuses y metros para llegar hasta el barrio, además medio barrio estaba detenido por las gigantescas perforadoras que intentaban unir finalmente dos líneas de metro. Incluso tenían una gigantesca multisala de cines, aunque no era el cine Arnau

que llevaba el esposo de la señora Anastasia y tampoco pasaban películas de vaqueros ni películas románticas de Gene Kelly.

La iglesia de Santa Teresa es solemne, de maderas oscuras y antiguas. No es elegante, pero los años de ceremonias y rezos le habían dado al edificio una distinción como de cura viejo. Aún no había mucha gente y mi mujer me dio una mirada de desaprobación por haber llegado tan temprano. Me encogí de hombros y me acerqué hacia el ataúd que parecía presidir silenciosamente la misa. Dos cirios a sus pies parecían alumbrarle algún tipo de camino y a su cabeza reposaba una bandera del equipo de fútbol "Calatrava", señalándole otro camino. Era el equipo de Borja, y también su único culto.

El equipo había comenzado siendo sólo una explanada que alguna vez había gozado un circo de poca monta. Las porterías eran cuatro piedras y los fanáticos se podían echar en el césped en un costado de la pista, único lugar donde aun crecía verde. Se llamaba Calatrava por el pueblo desde el que sus padres lo trajeron a Barcelona, yo había hecho mi prueba al igual que todos los jóvenes del Carmelo para entrar en el equipo. Según yo había estado terrible, pero me aceptaron. Después del primer entrenamiento Borja se acercó a mí con el rostro de preocupación. Me llevó a un lado y me dijo que aunque era mi amigo no me podía dejar jugar en su equipo. Una carcajada de alivio me liberó, no tenía ningunas ganas de jugar. Lo había intentado únicamente porque él me lo había pedido.

Yo le había acompañado a registrar al equipo cuando creyó que eran suficientemente buenos para competir con otros. La funcionaria que nos atendió nos miró sorprendida cuando no encontró en sus planos ningún club deportivo ni siquiera una pista de fútbol en la dirección que le indicábamos. Pero Borja tenía todos los papeles en orden y poco después salió convertido en el director del club Calatrava. El Carmelo estrenaba un equipo con nombre de una ciudad lejana, pero al final de cuentas, todos los jugadores de este tenían una ciudad lejana en la memoria.

A un costado del ataúd un hombre miraba el rostro del difunto. Tenía la espalda caída hacia delante. Allí tan cerca del ataúd parecía como si lo hubiera traído a rastras y apenas le hubieran quedado fuerzas para depositarlo en su lugar. Una tos profunda lo estremeció dejando ver su delgadez. Cuando acabó de toser puse mi mano en su espalda para que se girara. Unos ojos color azul aguado dudaron antes de reconocermme y media sonrisa nació en su rostro arrugado. Parecía un fantasma recién llegado de mi juventud, era Lorenzo y mientras me abrazaba sentí como si llorara. Quizás sólo volvía a toser.

A Lorenzo no lo había vuelto a ver desde que me fui del Carmelo. Se encontraba en el grupo que me despidió cuando terminábamos de cargar todas las cajas en el camión. Estaba atrás de todos, más alto que cualquiera de nosotros. No me dijo nada, sólo me abrazó cuando ya partíamos, la distancia a la que me iba no era muy grande, pero esas distancias traerían otras, y de alguna manera todos lo sabían. Cuando me fui del Carmelo, Lorenzo todavía vivía en la casa de la señora Anastasia. Alicia y su familia se habían mudado hace unos meses a su casa nueva y poco después había llegado Lorenzo directamente de Porcuna el pueblo de la señora Anastasia. Cuando regresó del servicio militar le preguntó a su madre dónde estaba el operador del Cine San Andrés con el que trabajaba. Todavía tenía el cabello muy corto cuando llegó a Barcelona y la señora Anastasia le abrió la puerta de su casa.

Sólo cuando Lorenzo se casó aceptó dejar la casa de la señora Anastasia, pero como un hijo más la fue a visitar religiosamente cada sábado y le pidió que fuera la madrina de su primer hijo. Así pasó con muchos, aunque dejaron esa pequeña casa por una casa mucho más grande, siempre regresaban por los recuerdos y los tiempos pasados.

Con Lorenzo cogiéndome por el codo nos acercamos al ataúd abierto. No había visto a Borja hace demasiados años y tenía miedo de no reconocer al hombre mayor dentro del ataúd. Pero lo reconocí. Ya no era el niño con el que jugábamos a fútbol o nos ocultábamos para repetir la película de la tarde, pero algo

en su rostro lo seguía recordando. Había engordado en todos estos años, aunque mirándolo así, yo había engordado mucho más, pero la enfermedad le había ido comiendo el rostro como quitándole una capa de años de encima. Debajo de la piel delicada y de esa inmovilidad inhumana, la enfermedad había dejado un claro recuerdo del Borja niño que yo había conocido. Los años se le habían ido filtrando de la piel al igual que la vida hasta dejarlo tan joven y desconcertado como la última vez que lo había visto.

Nos habíamos intentado ver frecuentemente después de mi mudanza, pero la distancia lo hacía todo más difícil. En ese entonces no había ningún metro que subiera hasta el Carmelo y sólo un autobús que salía cada hora más media hora de caminata me podían llevar hasta allí. De todas maneras lo habíamos intentado pero cada vez nos veíamos menos. Tiempo después de haber aplazado muchas veces una reunión me lo encontré. Era de noche y yo regresaba a mi hogar con unas copas de más cuando vi a una pareja besándose en un banco. Estaba por pasar de largo cuando reconocí a Alicia. Tenía su pierna sobre la de un hombre y las manos entrecruzadas tras su cuello. Me costó un poco reconocer a su pareja. Borja estaba con las manos acariciándole las piernas debajo de la falda cuando me vieron.

Alicia había sido mi pareja durante año, eso había ocurrido más de cuatro años después de aquel primer beso, y desde que rompimos habían pasado más de cinco. Borja se levantó con cuidado y se acercó a mí con los brazos abiertos. Al principio me quedé inmóvil sin reaccionar, pero cuando se acercó más a mí lo empujé queriendo quitármelo de encima, pero él insistió y se volvió a acercar, mi puño derecho restalló sobre su mandíbula y lo tiré al suelo. No había tenido una razón clara para el golpe, el alcohol había enturbiado mi mente, estaba dolido por mi viaje fuera del Carmelo y en el fondo extrañaba a ambos. Cuando lo vi aterrizar en el asfalto, me di cuenta de lo que había hecho. Me giré para ver a Alicia que me miraba dolida y me alejé para no escuchar sus preguntas, no podría haber aguantado intentar hilvanar una explicación. Esa imagen de Borja

caído en la calle, con el rostro adolorido y con una pregunta en la mirada era la última imagen clara que tenía de él. Es cierto que alguna vez lo había vuelto a ver, pero nunca habíamos logrado conectar como cuando éramos jóvenes. Después de un tiempo dejamos de intentarlo.

Poco a poco fue llegando toda la gente. A muchos de ellos no les reconocí y probablemente ni siquiera conocía. Cuando se ha tenido una biografía distante a la de un amigo, se empiezan a perder puntos en común, al principio sólo son anécdotas que desconoces, o arrugas nuevas. Cuando ha pasado mucho tiempo todo se hace ajeno, su casa nueva, sus hijos, sus trajes, su forma de andar, la figura de su rostro. Pero cuando ha pasado demasiado, el extraño es uno dentro de un mundo que alguna vez habías formado parte. Ahora estaba en el funeral de mi amigo y no conocía a ninguno de sus dolientes.

Poco a poco algunas miradas se cruzaron en mutuo reconocimiento. Carrasco estaba allí, Luiso, Lola, la Pili. Todos ellos habían crecido tanto que se habían convertido en otras personas. Ya no eran los rostros familiares de la infancia, rostros asustados recién llegados de Jaén, de Córdoba. Se habían convertido en los rostros de las fotografías sobre los cuales ha pasado mucho tiempo. Pero desde el fondo de todo surgió una sonrisa de encuentro. Carrasco nos abrazó con sus brazos gigantescos uniéndonos en un descomunal saludo. Sentí como Lola dejaba caer una lágrima como homenaje.

Yo no había sido el único que me fui, aunque sí el primero. Poco tiempo después se fueron desgranando del Carmelo, de la casa de la señora Anastasia que nos recibía como casa propia, y fueron buscándose maridos y mujeres, trabajos, casas, hipotecas. Cada uno había crecido en su propia biografía.

Aún seguía con una mano cogiendo con fuerza la gigantesca mano de Carrasco cuando me tocaron el hombro. Luiso, me avisaba de su llegada. La viuda de Borja entraba a la Iglesia. Estaba vestida de negro con el rostro tranquilo. Había sido una enfermedad muy

dolorosa, me comentó después ella misma, y ahora finalmente descansaba. Alicia se acercó a nosotros para recibir las condolencias. Cuando la tuve frente mío no supe que decir. Estaba vestida de negro sin rastros de haber llorado demasiado, como me dijo su voz en el teléfono ahora era una mujer mayor, tenía las caderas anchas y su figura no traía ningún recuerdo de la joven que conocí, aunque quizás su rostro tenía reminiscencias del tiempo que fue.

Cuando el cura hizo su ingreso todos buscamos nuestros asientos como unos escolares a la llegada del profesor. Aun no había visto a unas personas y cuando el padre dio la bienvenida y empezó con la lectura los vi llegar y ubicarse en los asientos traseros. Ahora sí que estábamos todos. El Fito acababa de llegar.

El Fito fue el primero en llegar al Carmelo. Llegó con su madre, la señora Anastasia, y con sus cuatro hermanos. Había sido un duro viaje desde Porcuna, además su madre se las había tenido que arreglar sola con sus cuatro hijos. Su marido en la sala de cine San Andrés en su pueblo no podía dejar el trabajo aún, más de medio año después la seguiría a Barcelona. Así que la ciudad la recibió a ella sola con sus hijos. Hasta ese día el Fito no había sospechado que el mundo fuera tan grande. Que en esa línea que es el horizonte cupieran tantas ciudades, y árboles y caminos.

Con un futuro incierto la señora Anastasia miraba por la ventana lo que el tren iba dejando a su paso. Años después en una película de vaqueros vería a una mujer joven con la misma mirada, montada en una diligencia con un destino igual de incierto.

Fue corazón lo que la hizo recibir a Alicia y a sus hermanas en su pequeño piso, a Lorenzo cuando estas se fueron y a todos los viajeros que vinieron después. Por lo mismo recibió a todos los amigos de su hijo Fito sin quejarse, e incluso crió a la pequeña hija de doña Augusta cuando esta fue a parar al hospital. Pero también fue la necesidad de estar rodeada de gente, de crear su propio hogar con retazos de lo que había sido suyo. Se trajo a los

amigos, a los recuerdos y los cobijó a todos bajo su techo. Su marido no le pedía nada más que se pintara los labios, sus hijos no le pedían nada más que la comida caliente, los amigos de sus hijos no les pedían nada más que una merienda o que un partido de fútbol un domingo por la tarde. ¿Y qué le daban a cambio? Todo. Al final de cuentas si estás en una cueva recordando un palacio al menos puedes tener a toda esa gente acompañándote.

Cuando acabó la ceremonia, como impulsados aún por los recuerdos, nos acercamos al Fito y a la señora Anastasia. A él lo abrazamos, y nos quedamos en silencio y de pie frente a la anciana de cabellos blancos y sonrisa beatífica, como nos quedábamos años atrás delante de la madre de nuestro amigo cuando esta nos abría la puerta. Nos sentíamos una vez más los niños que nos reuníamos a jugar en el terrado de su casa.

El Fito consultó con su madre y nos invitó una vez más a la casa de esta. Yo no había vuelto por el Carmelo desde hace demasiado tiempo. Temía mucho el encuentro con la juventud, o quizás con el desencanto de esta. Nunca las calles de nuestra infancia son igual de anchas, de largas, de libres como las de nuestra memoria. Y el Carmelo era las calles, subidas y balcones desde los cuales todavía me asomaba hacia esas épocas. Finalmente, Alicia nos convenció —para despedir a Borja— y salimos en grupo hacia la calle.

Antes habíamos caminado siempre en grupo, ahora todos teníamos coches, y mujeres y maridos. Viajamos siguiendo al coche de Fito porque desconfiábamos de nuestra memoria para llegar a la casa. Mi mujer se había despedido de mí porque entendía que era algo muy importante. Había tomado un taxi después de saludar a todas aquellas personas que tan bien conocía por mis historias.

El único que no había traído coche fue Lorenzo y yo me ofrecí a llevarlo. Mientras conducía por esas calles que sólo eran fantasmas de las que yo había conocido, conversamos del tiempo pasado, como si todos esos años no hubieran ocurrido nunca. Lorenzo me comentó que siempre nos había visto a Alicia

y a mí como pareja, incluso después de su boda con Borja. Se avergonzó un poco de decir eso. También me comentó que al vernos hoy le dio la impresión de que el tiempo no había pasado para él.

Las calles poco a poco se fueron haciendo más empinadas, la calle del Llobregós, la calle Calderón, la calle del Alcalde de Zalamea y finalmente la calle Segismundo. Aún recuerdo cuando en el colegio descubrimos que el Alcalde de Zalamea era en verdad un libro de Calderón, y Segismundo un personaje de “La vida es sueño”. El pobre príncipe pasa toda su vida en una cueva por orden de su padre, hasta que un día lo llevan al palacio mientras duerme y esa misma noche lo regresan a la cueva. Segismundo cree que ha soñado con un mundo de esplendor cuando se ve encerrado nuevamente. Desde ese día la calle Segismundo, se convirtió para nosotros en la cueva desde la cual cada día recordábamos el palacio que un día tendríamos. El piso de la señora Anastasia era pequeño, tenía un terrado en el que apenas entrábamos todos, pero era mejor que cualquier otro lugar, porque era el lugar a donde habíamos llegado. Al igual que Segismundo, no era nuestro hogar pero nos habíamos criado allí. Años después encontraríamos nuestros propios palacios fuera del Carmelo, pero continuaríamos añorando la cueva donde crecimos sabiéndonos hijos de reyes.

Cuando llegué a la casa encontré de golpe la realidad. La casa era la misma que la que recordaba. Aunque parecía un decorado un poco viejo y ajado era el mismo en el que yo había representado las escenas de la memoria. Poco a poco terminaron de llegar todos. Llegamos todos solos. Mujeres y maridos habían decidido dejar a sus parejas embarcarse solas en el viaje.

Allí estábamos, Alicia, el Fito, Luiso, Lola, Pili, y yo. También se encontraba, como siempre, la señora Anastasia. Viuda desde hace algunos años, con la mirada puesta en su casa nuevamente llena. También se encontraba allí, aunque de alguna otra forma, Borja. Ya estábamos acostumbrados a su ausencia, sus partidos de fútbol hacían que siempre llegara

con retraso.

Esa noche conversamos navegando por los peligrosos ríos de la memoria. En cierto momento Alicia tomó mi mano y no la soltó. Borja se fue apareciendo como la visión de alguien que ha partido a un viaje muy largo. La misma sensación de ausencia se había impregnado a nosotros en estos últimos años.

Volver al Carmelo, a la casa de la señora Anastasia no sólo fue una vuelta al pasado. Fue un reencuentro con nuestros fantasmas y con nuestras biografías que apenas conocíamos pero queríamos descubrir. No había ninguna forma de recuperar el pasado pero al menos teníamos la posibilidad de empezar a compartir nuestras biografías nuevamente.

Nos encontrábamos conversando reclinados en los sillones de la pequeña sala cuando la señora Anastasia sacó la cabeza por la puerta de la cocina.

– «Chicos, la merienda».

A lo lejos creímos escuchar los pasos apresurados de un muchacho que regresaba del partido después de una victoria, con los zapatos de fútbol colgando del cuello, una gota de agua cayendo del mechón rebelde y con varios goles en su haber.

Cuando comíamos la señora Anastasia comentó entristecida,

– «Es también triste que Lorenzo ya no esté con nosotros».